

PRÓLOGO

LAS MANOS SUCIAS DE UN PREMIO NOBEL

Muy pocos nombres de grandes físicos del siglo xx nos resultan familiares, pero Peter Debye goza, si es este el verbo adecuado, de una de las famas más exiguas dentro de ese panteón. Ello refleja en parte la naturaleza de su labor y sus descubrimientos. Albert Einstein, Werner Heisenberg y Stephen Hawking se han visto reconocidos, en muchos aspectos con toda justicia, por haberse pronunciado sobre profundos misterios de la naturaleza del universo físico. Debye, en cambio, realizó sus principales contribuciones en una de las áreas menos glamourosas de la ciencia: la fisicoquímica. Descifró el carácter físico de las moléculas, y en especial cómo interactúan estas con la luz y otras formas de radiación. Su diapasón profesional fue extraordinariamente amplio. Ayudó a entender, por ejemplo, cómo los rayos x y los haces de electrones pueden revelar las formas y movimientos de las moléculas, desarrolló una teoría de las soluciones salinas, creó un método para medir el tamaño de las moléculas de los polímeros. Por algunos de estos trabajos recibió el premio Nobel en 1936. Existe una unidad científica nombrada en su honor, y varias ecuaciones importantes llevan su nombre. Nada de esto suena tremendamente revolucionario, y en muchos sentidos no lo es. Pero Debye es justamente aclamado por los científicos de hoy en día por su fenomenal lucidez intuitiva y su habilidad matemática; era capaz de escudriñar el núcleo de un problema y desarrollar su descripción de maneras que no solo resultaban profundas sino útiles. Estas capacidades son extremadamente raras de encontrar combinadas en un mismo científico.

Sus colegas hablaban de él con afecto; sus obituarios fueron uniformemente admirativos. Engendró una familia que lo amaba, y exudaba el aire de un espíritu saludable, fiable, extrovertido, a quien nada complacía más que una caminata o trabajar en el jardín junto a su

esposa. Hay que admitir que no había en su carácter nada original, al estilo de Einstein o Richard Feynman, que atrapara la imaginación –pero ¿no era eso de por sí una suerte de voto de confianza?

De manera que hubo una conmoción cuando Debye fue acusado de connivencia con los nazis, en un libro llamado *Einstein en Holanda*, publicado en enero de 2006 por el periodista holandés Sybe Rispens. En un artículo para el periódico holandés *Vrij Nederland*, coincidente con la publicación del libro, Rispens caracterizó a Debye como “un premio Nobel con las manos sucias”. Debye nunca había sido miembro del partido nazi, admitía Rispens, pero fue “un colaborador del régimen” y contribuyó con “el más importante programa militar de investigaciones de Hitler”. Rispens describió cómo, desde 1935 hasta que abandonó Alemania a finales de 1939, Debye había dirigido el prestigioso Instituto de Física Káiser Guillermo de Berlín, donde subsiguientemente se había trabajado en las aplicaciones militares de la energía nuclear. Y como presidente de la Sociedad Alemana de Física en 1938, Debye firmó una carta solicitando la renuncia de todos los miembros judíos que quedaban en la asociación –acción que Rispens calificó de “efectiva purificación aria”. Aun hallándose en Estados Unidos durante la guerra (en la universidad de Cornell en Ithaca, Nueva York, donde permaneció hasta su muerte en 1966), Debye había mantenido contacto con las autoridades nazis, en opinión de Rispens, para dejar abierta la posibilidad de regresar a su puesto en Berlín una vez concluidas las hostilidades.

La conducta de Debye en la Alemania nazi había sido presentada anteriormente como la de un hombre honesto sin otra opción que doblegarse ante un régimen maligno cuyos excesos finalmente lo forzaron al exilio. La idea de que Debye pudiera haber tenido motivaciones más egoístas fue decididamente mal recibida. Un comentarista arguyó que introducir una complejidad controvertida, y hasta entonces nunca imaginada, en la vida de un venerado físico dejaba a sus admiradores con la sensación de verse “privados de un héroe”.

Sin embargo, no está claro si los científicos hubieran prestado mucha atención a las acusaciones de Rispens, de no haber sido por la reacción que estas despertaron en los Países Bajos. Dos universida-

des asociadas al nombre de Debye se espantaron y se apresuraron a tomar distancia. El Premio Debye a las Investigaciones en Ciencias Naturales fue instituido en 1977 por un amigo de Debye, el industrial Edmund Hustinx, y era administrado por la universidad de Maastricht. En febrero de 2006 la universidad pidió permiso a la Fundación Hustinx para retirar del galardón el nombre de Debye, alegando que este “no se había opuesto lo suficiente a las limitaciones de la libertad académica” durante la época nazi. “La junta ejecutiva considera este caso irreconciliable con el ejemplo asociado al nombre de un premio científico”, decía un comunicado de prensa de la universidad. Y la universidad de Utrecht, que albergaba el renombrado Instituto Debye de Ciencia de los Nanomateriales, anunció asimismo que “las evidencias recientes” eran “incompatibles con el ejemplo de usar el nombre de Debye”, el cual sería en lo sucesivo retirado del título del instituto.

Estas acciones contrastaban con la respuesta del departamento de química de la universidad de Cornell, que desde siempre se había enorgullecido de tener a Debye entre sus exalumnos. El departamento encargó una investigación de aquellas imputaciones, en colaboración con el historiador Mark Walker del Union College en Schenectady, destacada autoridad en el tema de la física alemana durante el Tercer Reich, y llegó a la conclusión de que Debye no fue simpatizante de los nazis ni antisemita, y que “cualquier acción que disocie el nombre de Debye del [departamento] carece de fundamento”.

Walker y otros historiadores de la ciencia insistieron en que Rispen había hecho una caricatura polarizada de Debye que oscurecía el hecho de que su reacción al gobierno nazi no había sido distinta de la de la inmensa mayoría de los científicos alemanes. Muy pocos de ellos se opusieron activamente a los nazis dentro de Alemania –casi ningún profesor, por ejemplo, que no fuera judío, renunció a su cargo o emigró en protesta contra las discriminatorias Leyes del Servicio Civil de Hitler en 1933. Pero asimismo, solo una pequeña minoría de científicos abrazó las venenosas doctrinas de los nacionalsocialistas. Según los historiadores, la mayoría de los científicos en Alemania adoptaron una posición acomodaticia o evasiva ante las intrusiones y desmanes del estado nazi: tal vez elevando tímidas protestas, ignorando esta o

aquella directiva o ayudando a colegas en desgracia, mas siempre sin montar ninguna resistencia organizada. Cada uno se preocupó principalmente de preservar hasta donde fuese posible su propia carrera, autonomía e influencia. Debye fue uno de ellos, ni mejor ni peor que una pléyade de otros nombres famosos.

Independientemente de los méritos de las afirmaciones de Rispens –que procederemos a examinar en este libro–, el “caso Debye” reavivó un viejo y controvertido debate acerca de las acciones de los físicos alemanes durante el gobierno de Hitler. ¿Mostraron una oposición seria a las políticas autocráticas y antisemitas de los nacionalsocialistas, o por el contrario se adaptaron al régimen? ¿Hemos de considerar que estos científicos ocupaban una posición especial, con deberes que excedían las obligaciones cotidianas, en virtud de sus roles profesionales, sus contactos internacionales y sus ideas científicas y filosóficas acerca del mundo? ¿Fue la propia ciencia reclutada a la fuerza por los nacionalsocialistas para su programa ideológico y militar? ¿Fue acaso destruida, como algunos han dicho, por las políticas raciales del estado? ¿O sobrevivió y en algunos aspectos floreció, al menos hasta que las bombas comenzaron a caer?

Una cosa está clara: estas cuestiones, y sus implicaciones para la relación entre la ciencia y el estado, no serán abordadas mediante “el persistente y virulento uso de esa combinación bipolar de hagiografía y demonización, esa caracterización en blanco y negro de los científicos” que según Walker han padecido muchos anteriores intentos por comprender la ciencia en el Tercer Reich. Incluso hay ahora una tendencia a presentar las decisiones tomadas por los científicos en Alemania en categorías absolutas como “buenas” y “malas”, categorías que además tienden a estar determinadas por la retrospectiva omnisciente de los abanderados de la tolerante democracia liberal. No hace falta ser un relativista moral para encontrar peligros en semejante actitud. Ciertamente hay un puñado de héroes y villanos entre los personajes de esta historia. Pero la mayoría de los actores, al igual que nosotros, no son ni una cosa ni la otra. Sus defectos, errores, sus actos de generosidad y de valor, son los nuestros: claudicantes y miopes, tal vez, pero más allá del bien y del mal –y humanos, demasiado humanos.

TRES HISTORIAS

Esto se aplica a las tres figuras examinadas en este libro, cuyas historias iluminan, en sus contrastes y paralelos, los diversos modos en que la mayoría de los científicos (y demás ciudadanos) situados en la zona gris entre la complicidad y la resistencia, se adaptaron al gobierno nazi. Es precisamente porque Peter Debye, Max Planck y Werner Heisenberg no fueron héroes ni villanos por lo que sus historias resultan instructivas, tanto acerca de la realidad de la vida bajo el Tercer Reich como acerca de la relación entre la ciencia y la política a nivel más general. Los historiadores han examinado con todo detalle los papeles desempeñados por Planck y Heisenberg; Debye hasta ahora ha sido visto como una figura menor y casi incidental, razón por la cual la reciente erupción del caso Debye resulta tan significativa. Sin embargo, pese a lo mucho que se ha investigado acerca de la comunidad física alemana bajo los nazis, todavía los historiadores disienten profunda y apasionadamente sobre cómo juzgarla.

En las contrastantes situaciones y decisiones de Debye, Planck y Heisenberg podemos encontrar algún contexto para abordar esta cuestión. Las vidas de estos tres hombres se cruzaron e interactuaron en muchos sentidos. Debye y Heisenberg tuvieron el mismo mentor y trabajaron juntos en Leipzig a principios de la década de 1930. Planck impulsó las carreras de ambos, y ellos lo veían como una figura paterna y un referente moral. Debye insistió, contra los deseos de los nazis, en dar el nombre de Planck al Instituto de Física que él presidía en Berlín. Cuando Debye partió hacia Estados Unidos tras el estallido de la guerra, Heisenberg fue su sustituto temporal.

Cada uno de estos hombres tenía una personalidad muy diferente. Resulta obvio que ninguno de ellos era un entusiasta del régimen de Hitler, y sin embargo, todos ellos fueron líderes y guías de la ciencia alemana —en funciones administrativas, como intelectuales o como fuentes de inspiración— y cada uno desempeñó un papel importante en la configuración del tono con que la comunidad física reaccionó ante la era nazi. Cada uno de ellos sirvió al Reich alemán, antes y

durante esa era, y si bien esto no era lo mismo que servir a Hitler, y mucho menos aceptar su ideología, ninguno de ellos pareció capaz de analizar a fondo cuál era la diferencia, o si la había. Planck era un conservador tradicionalista, un representante de la vieja élite leal al káiser, que se consideraba a sí misma un baluarte de la cultura alemana. Los hombres de su clase eran patriotas, confiaban en la solidez de su estatus dentro de la sociedad, y eran conscientes de que su primer deber era servir obedientemente al estado. Heisenberg compartía el patriotismo y la voluntad cívica de servicio de Planck, pero estaba exento de sus prejuicios respecto a los códigos de la tradición. Para él, la esperanza de un resurgimiento del espíritu alemán tras la humillación de la Primera Guerra Mundial estaba en el movimiento juvenil que exaltaba el apego romántico a la naturaleza, la camaradería y la aproximación franca a las cuestiones filosóficas. Así como Heisenberg no tuvo reparos en hacer de la revolucionaria teoría cuántica —que Planck con reticencia le ayudara a promulgar— una cosmovisión que arrojaba una sombra de duda sobre todo lo anterior, tampoco sentía lealtad alguna hacia el conservadurismo de la cultura prusiana. Y Debye era el extranjero, que se labraba una carrera ilustre en Alemania y al mismo tiempo rehusaba firmemente adoptar la ciudadanía alemana. Frente a la injerencia y las demandas de los nacionalsocialistas, Planck se inquietó y prevaricó; Heisenberg buscaba la aprobación oficial, en tanto se negaba a reconocer las consecuencias de sus concesiones. Debye es en muchos sentidos el más ambiguo de este trío, no por ser el más astuto, sino acaso por ser un hombre más sencillo y menos reflexivo: el “científico de los científicos”, genuinamente “apolítico”, para bien o para mal, en su devoción a la investigación.

Casos como los de estos tres hombres tienen mucho que decirnos sobre los factores que contribuyeron al predominio del estado nazi. Un régimen semejante puede llegar a existir, no porque la gente sea incapaz de prevenirlo, sino porque no logra tomar medidas efectivas —o incluso darse cuenta de su necesidad— hasta que es demasiado tarde. Es por esta razón que al juzgar a Planck, Heisenberg y Debye no debiéramos mirar si el historial de una persona resulta lo bastante “limpio” para concederle medallas, nombres de calles y efigies ta-

lladas. La cuestión estriba en si somos o no capaces de entender cabalmente nuestras propias fuerzas y vulnerabilidades morales. Como dijera Hans Bernd Gisevius, funcionario público en tiempos de Hitler y miembro de la Resistencia alemana:

Una de las lecciones vitales que hemos de aprender del desastre alemán es la facilidad con que un pueblo puede verse absorbido por el marasmo de la inacción; basta que sus individuos se dejen llevar por la marrullería, el oportunismo y la cobardía, para que estén irrevocablemente perdidos.